



TANA
Cicatrices
FRENCH

arroba**books**[®]

Tana French

CICATRICES

Traducción de
Gemma Deza



En el desayuno, Jonathan hace escupir a Sophie en sus cereales.

–Venga –le ordena, inclinándose tan cerca de ella que Sophie puede verle los puntos negros de la nariz.

–No –se niega Sophie.

–Si no lo haces tú, lo haré yo.

–¡Que no!

–Será mejor que te des prisa –la urge Jonathan.

Su madre ha subido a la planta de arriba a buscar unos calcetines limpios para Sophie, que se ha derramado el zumo de naranja en los que llevaba puestos.

–No quiero –replica Sophie.

–A la cuenta de tres lo haré yo. Uno... dos...

Sophie escupe.

–Más –exige Jonathan.

Susanna falleció exactamente un año, dos meses y cinco días antes de que naciera Sophie.

–Nunca fue tu hermana –le dice Jonathan–. Ni siquiera durante un segundo. Ni siquiera cuando eras un embrión.

En la fotografía que hay en la librería de papá y mamá, Susanna tiene once años; es la fotografía de sexto curso y va vestida con el uniforme de la escuela, camisa blanca y jersey azul marino, mucho más bonito que el rojo que lleva Sophie. Tiene el pelo castaño, como ella, pero lo lleva corto, y sus ojos son marrones como los de mamá y los de Jonathan. Cuando sonrío, las paletas superiores le sobresalen un poco, sólo un poco.

Mientras Sophie se lava los dientes, Jonathan la aparta de un empujón del lavabo para afeitarse.

–¿Por qué te afeitas? –le pregunta Sophie–. No tienes ni un solo pelo.

–Cállate, retrasada mental, eres una larva –la insulta Jonathan.

–Cállate tú, cerdo apestoso.

–Ni siquiera sabes qué es una larva.

–Sí que lo sé.

–Ah, ¿sí? ¿Qué es? Explícamelo, va... Venga, estoy esperando.

–No te lo pienso decir.

–Es un gusano grande y blanco que sale de los cadáveres. Nace de los cuerpos muertos.

–¿Y a mí que me importa?

–Pues te importa, porque eres una larva, una larva podrida y apestosa.

–¡No lo soy! Yo no he salido de ningún cadáver.

–Y tanto que sí. Saliste del cadáver putrefacto de Susanna. Por eso hueles tan mal.

–¡No es verdad! –grita Sophie–. Eres un mentiroso grande y peludo, Jonathan Quentin, y vas a arder en el infierno por ello. ¡Y espero que así sea, porque te odio con toda mi alma!

–La que arderá en el infierno serás tú –replica Jonathan–. A Dios no le gustan las larvas que odian a sus hermanos.

La habitación de Jonathan es extraña. Sophie no entraría en ella ni aunque le dejara. Todo tiene un color raro porque las ventanas están pintadas de un tono morado vetado. En la pared solía poner «ARBEIT MACHT FREI» en grandes letras retorcidas, pero su padre obligó a Jonathan a taparlo con pintura. Ahora las paredes son totalmente negras y están repletas de unos chiflados garabatos amarillos. Si los miras fijamente, puedes ver cosas en ellos: bocas, gusanos y palabras que se te olvidan un segundo después. Si los observas durante demasiado tiempo, la vista se te nubla.

En la habitación de Jonathan hay también un pato de peluche amarillo ahorcado de la lámpara. La tía abuela Martina se lo envió a Jonathan para su cumpleaños, porque se confundió y pensó que Jonathan era el primo de Sophie, Johnnie, que tiene tres años. Su madre quería que Jonathan desatara el pato y se lo enviara a Johnnie, pero él se negó.

–Es mi regalo de cumpleaños –alegó–. Además, ahora que ha estado ahorcado, emite malas vibraciones. Está traumatizado. Probablemente se haya convertido en el «Pato psicópata del infierno» y le arrancaría los ojos a Johnnie.

–Ah, sí. ¿Y cómo es que a ti no te ha pasado nada? –le preguntó su madre–. Has estado cerca de él toda la semana y tus ojos están perfectamente.

–Es distinto –replicó Jonathan–. Yo soy quien lo está traumatizando.

–Entra o sal, cielo –le dice su madre–. Estás dejando que entren las moscas.

Sophie sigue balanceándose en la puerta de tela metálica.

–Me aburro.

–¿Por qué no telefoneas a Corinna y la invitas a venir a casa?

–No.

Sophie rasca con las uñas la malla metálica.

–Ya marco yo el número, si quieres.

–Corinna es tonta.

–¿Te apetece ayudarme a sacar brillo a la plata?

–No.

Pero Sophie deja que la puerta se cierre de un portazo y se acerca a la encimera. Su madre le da un paño.

–No utilices demasiado abrillantador. Con un poquito basta.

–Ya lo sé...

–¿Prefieres los tenedores o los cuchillos?

–Los cuchillos.

Los tenedores son una gaita, porque hay puntos entre las púas a los que no se puede acceder y nunca quedan del todo limpios. Los cuchillos son anchos y lisos, mucho más agradables al tacto. Sophie frota con fuerza y se apoya de lado en su madre.

–¿Te has peleado con Corinna?

–No. Es que siempre quiere saltar a la comba y me aburre.

–Cariño, ¿te preocupa algo?

Sophie huele el abrillantador del paño.

–No hagas eso –la reprende su madre.

–Huele bien.

–Es malo para la salud.

Sophie frota las manchas negras de las flores del mango del cuchillo.

–La señorita Callahan dijo en la clase de ciencias que los bebés salen de la barriga de sus madres.

–Sí. Tú ya lo sabías.

–¿Yo salí de tu barriga?

–Claro que sí.

Sophie aprieta la nariz contra la camiseta de su madre; su madre siempre huele a hierba seca, incluso en invierno.

–¿Estás completamente segura?

Su madre suelta una carcajada; Sophie nota cómo se le mueven las costillas.

–¡Créeme, cariño, estoy completamente segura! No es el tipo de cosa que se te olvida así como así.

–¿Te dolió? –pregunta Sophie.

–Bueno, sí, me dolió. –Su madre acaba con el último tenedor y empieza a ayudar a Sophie con los cuchillos–. Pero ¿quieres que te diga algo, Sophie? Todo el dolor se me olvidó en el mismísimo momento en que te vi.

Sophie inclina la cabeza hacia atrás para sonreír a su madre; su madre le sonrío y le da un pellizquito en la punta de la nariz.

–Me haces cosquillas –le dice Sophie–. ¿Puedo llamar a Corinna?

–Primero lávate las manos –le dice su madre–. ¿Quieres que te marque yo el número?

–No –responde Sophie–. Ya sé hacerlo yo.

Jonathan está tumbado en el sofá bebiendo cerveza de raíz y viendo *Historias desde la cripta* en la televisión. Lleva un lagarto dibujado con rotulador rojo alrededor del brazo. Sophie le da una patada al sofá al pasar junto a él.

–Vete a la mierda, hija de puta –le dice Jonathan.

–Le voy a decir a mamá que has dicho eso.

–¿Que he dicho qué?

–Esa palabrota.

–¿Qué palabrota?

–Hija de puta.

–Ahora tú también la has dicho. Si se lo dices, te va a castigar a ti también. Más aún que a mí. Es peor decir palabrotas a los ocho años que a los quince. De hecho, ni siquiera deberías conocer esas palabrotas. Tienes la mente podrida.

–De todos modos, eres un gordo mentiroso. Se lo he preguntado a mamá y me ha dicho que salí de su barriga.

–¿Y qué?

–Pues que tú dijiste que salí del cadáver de Susanna y es mentira y arderás en el infierno por mentir.

–Madre mía, eres retrasada mental de verdad –replica Jonathan–. Escucha: mamá y papá querían tener dos hijos. El señor y la señora Normales querían un hijo y una hija para cumplir con su compromiso con la sociedad de crecimiento demográfico cero. De manera que sólo te tuvieron a ti, porque a mi hermana la mataron. Eres un vampiro. Los vampiros se alimentan de la sangre de los muertos. Así que eres un vampiro.

–Yo no le hice nada a Susanna –se defiende Sophie.

–Todo lo que tú tienes le pertenece. Esos tejanos que llevas puestos eran suyos. Y ese elefante de peluche que arrastras contigo a todos sitios, también. Y has invadido su habitación.

–No es verdad –replica Sophie–. Nos mudamos aquí después de morir ella. Y a *Welly* me lo regalaron por mi cumpleaños cuando cumplí cuatro años. Además, a Susanna no le cabrían estos tejanos.

–Pero tú no habrías existido ni los hubieras tenido si no la hubieran matado. Incluso le robaste sus iniciales. Le has quitado todo lo que tenía. Más vale que reces porque no entre arrastrándose en tu habitación para recuperarlo todo cualquier noche de éstas.

–No me importaría que lo hiciera –dice Sophie–. Lo compartiría con ella.

–No tendrá el aspecto que tiene en esa foto –le explica Jonathan–. Lleva nueve años descomponiéndose.

–Su alma está en el cielo. Puede tener el aspecto que desee.

–De todos modos –dice Jonathan, al tiempo que apaga la televisión–, no saliste de la barriga de mamá. Saliste de su vagina.

–Hola –saluda Sophie con un suspiro.

Susanna le sonríe mientras el viento le sacude el cabello y le mete un mechón en la comisura de esa sonrisa. «Apuesto a que no se lo sacaré de ahí por si el fotógrafo dispara mientras tiene la mano en la boca», piensa Sophie.

Sophie le pregunta:

–¿Me la dejas ver?

A Susanna no parece importarle, de manera que Sophie agarra la fotografía de la estantería y mira el reverso, donde hay escrito: «Susanna, 12 de octubre de 1989» con la caligrafía redonda y extendida de su madre. Susanna tiene exactamente once años, cuatro me-

ses y nueve días, y morirá exactamente dos meses y quince días después. Entonces aún no lo sabe.

–Eh –le dice Sophie, con la mayor dulzura, intentando atravesar el cristal–. Eh, vas a morir. Dentro de dos meses y quince días. Deberías hacer algo rápidamente para evitarlo.

Su aliento empaña el cristal y emborrona a Susanna hasta hacerla parecer alguien en el fondo de una fotografía de diario. Sophie apoya el dedo en el pecho derecho de Susanna. En realidad, aún no tiene pechos; son muy incipientes. Por ahí fue por donde salió una bala. Aunque ésa no fue mortal; a un tipo le dispararon en el mismo sitio en una serie de policías la semana pasada y se recuperó. Sophie pone otro dedo en el lado izquierdo de la cabeza de Susanna. Ésa fue la mortal. Si te disparan en la cabeza, el cerebro se te desparra y los médicos no pueden volver a ponerlo en su sitio. Cuando Sophie aparta los dedos de la foto, éstos dejan grandes charcos negros en el vaho.

El señor Graham hace prometer a toda la clase que entregarán los boletines de las notas a sus padres sin abrirlos antes.

–Mañana por la mañana os preguntaré quién lo ha hecho así y veremos cuántos de vosotros sois capaces de mantener una promesa –dice.

En el autobús, todo el mundo abre las notas en cuanto el conductor se aleja de la verja del colegio, salvo Jennifer Pearce, porque es la preferida del señor Graham. Se muerde el pelo y dice:

–Habéis roto vuestra promesa.

–No me digas –replica Corinna.

Sophie tiene sobresalientes y notables altos en todas las materias, salvo en ciencias, donde ha sacado un bien porque la señorita Callahan la odia desde que Sophie y Russell Yang se bebieron la Coca-Cola del experimento de las caries; Corinna ha sacado un notable en casi todo, salvo un aprobado alto en estudios sociales.

–Déjame tu bolígrafo rojo –le dice Jonathan a Sophie cuando sube al autobús frente a su instituto.

–No tengo.

–Y tanto que sí.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque lo sé. Ni te molestes en intentar mentirme porque yo lo sé todo.

–No quiero que me lo llenes de piojos.